

El sonido de mi voz

Colección Relámpago

(4)



Primera edición: octubre 2012

Título original, *The Sound Of My Voice*

© Ron Butlin, 1987

© de la traducción del inglés, Manuel Francisco Míguez

© de esta edición Rayo Verde Editorial, 2012

Producción editorial: Alberto Sotelo

Diseño editorial: Noemí Giner

Ilustración de la cubierta seleccionada entre las propuestas realizadas por los ilustradores del programa de prácticas de La Llotja: Oriol Pueyo

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.

Comte Borrell 115, ático 2ª

Barcelona 08015

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

Impresión: Romanyà Valls - Capellades

BIC: FA

Depósito legal: b-25941-2012

ISBN: 9788415539209

Impreso en España - *Printed in Spain*

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o un amigo que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para uso personal.

El sonido de mi voz

Ron Butlin

Traducción de Manuel Míguez

Rayo verde
editorial

A Regi y Hunter

1

Estabas en una fiesta cuando murió tu padre, y cuando te lo dijeron, de inmediato ocurrió el milagro. Un auténtico milagro. No duró, claro, pero fue lo bastante convincente unos instantes. Después, una hora más tarde, llevaste a la chica a casa y la obligaste a hacer el amor contigo. La tenías bien sujeta mientras ella lloraba y suplicaba; aún ahora sus lágrimas son lo más próximo que has estado de sentir dolor por la muerte de tu padre. Tienes treinta y cuatro años; todo lo que te ha pasado te está pasando todavía.

Siempre que tu padre te sacaba en coche de tu pueblo, mirabas por la ventanilla de atrás hasta que ya no alcanzas a poder ver tu casa —una pequeña estructura de una planta—. La carretera subía colina arriba, y a medida que la mayor parte de la aldea, y luego los campos y los bosques que la rodeaban, aparecían ante ti, tratabas de fijar más la vista en las paredes blancas de tu casa, e intentabas no parpadear ni mirar a otro lado ni un segundo siquiera. En realidad no había un momento preciso en

que la casa desapareciera de tu vista; simplemente la súbita constatación de que así había ocurrido, como si por un instante, sin querer, hubieses dejado de prestar atención y la hubieses perdido de vista.

Después, al regresar con tu padre en el coche colina abajo, volvías a comprobar con ansiedad cada una de las señales que conducían a tu casa: la casa parroquial, el campo en que pastaban los caballos, el enorme granero de madera. «Tal vez no esté allí, tal vez no esté allí», repetías en bajo. Cuando llegabas a la altura de la huerta de Keir te encontrabas en un estado de incertidumbre insoporable. Después, muy, muy lentamente, volvías la cabeza hacia tu casa. Prolongabas la ansiedad, la angustia, todo lo que podías. Se trataba, y lo sabías, de un modo de medir el gozo que te iba a inundar inmediatamente cuando vislumbraras el blanco de la casa una vez más; tu casa al pie de la colina.

Cuando paraba el coche salías corriendo. Tus padres sacaban la compra del maletero sin reparar en el milagro que estaba ocurriendo a su alrededor: te habías marchado de un lugar y habías vuelto exactamente al mismo. Todo lo que sabías de ti mismo se volvía a confirmar una vez más; la sensación de placer al hacer chirriar la puerta sin engrasar; el miedo al perro del jardín de al lado; aquellas enormes ganas de ir a recoger los huevos de las gallinas inmediatamente después. Devolviéndote a casa, tu padre había vuelto a restituirte a ti mismo. Mirabas cuanto te rodeaba y te resultaba familiar, y saludabas en silencio cada uno de sus rasgos; después le mirabas a él con sor-

presa y gratitud. Él cerraba de golpe el maletero del coche y entraba en la casa.

Una tarde os llevó a ti y a tu madre a comer al campo. Condujo unos treinta kilómetros por Border Hills, las ventanillas abiertas para que entrara algo de aire. De vez en cuando tenía que parar para poder enfriar un poco el radiador del coche. La primera vez que sacó el tapón del radiador viste saltar por el aire el agua hirviendo. Te pareció una maravilla.

—¿Vamos a hacer otra fuente? —Preguntabas espezanzado cada vez que paraba el coche. Tenías tres años y aún creías que te iba a contestar.

Por fin, tomó una carretera secundaria y subió los últimos kilómetros del trayecto hasta una granja abandonada. El coche quedó aparcado en el corral y los tres bajasteis.

Allí hacía todavía más calor y no había ni un poco de brisa. Las paredes blanqueadas de aquellas edificaciones abandonadas parecían soltar más calor. Había ladrillos rotos y adoquines tirados por el corral que formaban pequeños túmulos cubiertos de malas hierbas y demás vegetación. En un rincón había una cosechadora abandonada cuya pintura se descascarillaba si la tocabas; al lado, por la hierba, había varios batidores de mantequilla, la mayoría volcados. Las ventanas y las puertas estaban rotas, y te encantaba mirar cómo entraban y salían volando de la casa los pájaros. Uno hasta se subió al marco de una ventana un instante y se puso a cantar.

—Ahora es su casa —les dijiste a tus padres, porque

cuando te acercaste a él se metió volando en la habitación y se te quedó mirando desde la repisa de la chimenea mientras lo mirabas por la ventana.

Estaba oscuro y hacía frío en la cuadra de las vacas; había olor a heno y el techo tenía grietas pequeñas por las que se veía el sol y el cielo. Pero, al poco de estar allí, te entraron escalofríos. De repente hacía mucho frío, y volviste al corral.

Al principio creíste que el colapso y la ruina de la granja entera debían haber ocurrido de golpe. Imaginabas que el granjero un buen día en un ataque de ira terrible había roto las ventanas y arrancado las puertas de sus goznes; lo podías imaginar a horcajadas en el tejado rompiendo tejas y luego ponerse en pie para tirarlas con fuerza contra los adoquines del suelo. En realidad tenías miedo de que fuera a aparecer en cualquier momento, y que, si no había sido él quien había hecho todo aquello, te fuera a acusar a ti y a tus padres de haberlo hecho.

Ibas a marcharte cuando te diste cuenta de que había una pila enorme en el suelo cerca de la puerta de la cuadra de las vacas. Era como un lavabo, pero tan grande casi como una bañera. El agua estaba muy sucia y tenía una costra verdosa en la superficie. Aunque te daba miedo apoyarte en la pila y acercarte tanto a aquella costra verdosa, extendiste la mano por encima de ella para abrir el grifo. No giraba.

Probaste una y otra vez pero no se movía. Usaste las dos manos y te apoyaste en las dos piernas bien abiertas, con todo tu peso y toda tu fuerza intentaste abrirlo. Oías

a tu madre llamarte a gritos a comer, pero tú seguías y seguías tirando, intentando abrir el grifo. Desde aquella granja de la colina se veía el valle entero; era un día claro de verano. Cerraste los ojos para poder hacer más fuerza.

Y, de repente, cedió. El agua salió a borbotones con toda la fuerza y te salpicó, te produjo tal susto que te echaste hacia atrás... y chocaste de lleno contra tu padre.

—¿Quieres venir cuando se te llama? —Te dijo enfadado, cogiéndote por los hombros—. ¿A qué juegas?

—Yo... —Empezaste a decir.

Pero ya no estaba a tu lado, cerraba el grifo. Quedó goteando un poco de todos modos, intentaste decírselo, pero no te prestó atención.

—¿No puedes dejar las cosas quietas? —Continuó—. Tu madre te está llamando. Vamos, vamos a merendar.

Tu madre estaba al lado del muro del corral cerca de un hueco, llevaba un vestido de verano muy vaporoso. Tenía el cesto de la comida a los pies; te hacía señas con la mano, de que fueras allí. Ahora ha muerto, y tu padre también, pero estuvieron allí contigo en aquella granja hace treinta años. Anduviste por los campos con tu padre a tu izquierda y tu madre a tu derecha. Te daban una mano cada uno y tú intentabas como podías seguir su paso; dabas tres por cada uno de tu padre y dos por cada uno de tu madre.

Después de un corto paseo os detuvisteis donde empezaba la cuesta abajo. Extendieron la manta sobre la hierba. Tu madre sacó las cosas del cesto y empezó a poner los bocadillos, el termo del té, la limonada y la fruta en el

suelo; tu padre fumaba un cigarrillo. La colina dominaba la carretera principal, y poco después pediste permiso para ir a jugar con el coche y la caravana de juguete que se veían aparcados en el área de descanso más abajo.

Tu madre se echó a reír y te dijo que no era un coche de juguete, sino uno normal y además grande. No le creías, veías claramente que no era mayor que la uña de tu pulgar.

De repente te levantaste y echaste a correr colina abajo.

Te gritaron que volvieras, que tuvieras cuidado con la carretera. Aún ahora, treinta años después, te parece a veces oír a tu padre correr detrás de ti, intentando alcanzarte. Así que aún corres más deprisa.

El coche y la caravana ya no están muy lejos, y no puedes esperar a jugar con ellos. El coche es azul y la caravana blanca, con un peldaño en la puerta. Ya casi estás, y corres hacia ellos con las manos extendidas.

El suelo es llano ahora, estás a muy pocos metros, cuando de repente el coche y la caravana se vuelven de tamaño normal.

Te quedas parado por la sorpresa. Después retrocedes unos cuantos pasos, y vuelves a avanzar más lentamente. Otra vez cambian de tamaño. Una mujer con un cubo sale de la caravana, y al verte se para en el escalón. Te pregunta si quieres algo.

Tú te quedas mirándola, y después retrocedes hasta que todo vuelve a hacerse pequeño. Esperas un poco antes de volver a acercarte una vez más. Después retrocedes. Atrás y adelante, una y otra vez, haces aquel trayecto

crítico hasta que, cuando llega tu padre, estás llorando. Estás demasiado afectado para poder articular palabra.

Primero va a hablar con la mujer unos momentos; los dos miran hacia ti y se echan a reír, después te coge de la mano y te lleva colina arriba.

Sólo miraste hacia atrás una vez, y todo había vuelto a ser pequeño. Te sentaste en la manta con la limonada en una mano y un bocadillo en la otra, mirando fijamente el área de descanso e intentando entender qué había pasado.

Comías y bebías sin alegría, con la mirada fija en lo que tenías delante. Tu madre, mientras tanto, comenzó a darte una serie de explicaciones, y aunque no entendías qué quería decir, repetías sus palabras una y otra vez como un encantamiento contra aquella desilusión.

—Las cosas que están muy lejos de uno parecen mucho más pequeñas de lo que son, pero en realidad todo el rato son del mismo tamaño —dijo, y añadió—, como la granja donde has estado. Mira —indicó la colina a su espalda.

Diste la vuelta sabiendo ya qué ibas a ver. Habías andado por el corral, habías estado en el granero y en la cuadra de las vacas; casi te habías podido colar por la ventana rota de la cocina y, sin embargo, ahora se podía ver la granja entera, en la distancia, tan pequeña como aquel coche de más abajo.

—¿Cuando me marche de aquí también yo me haré más pequeño? —Preguntaste.

Tu padre encendió otro pitillo y dijo que eras estúpido.

—¿Me haré más pequeño? —Repetiste instantes

después lleno de angustia.

—No, claro que no —respondió tu madre.

Pero allí estaba la granja que habías explorado, donde habías abierto el grifo, una casa de tamaño normal, con cobertizos, cosechadora, un patio grande, y ahora era una granja de juguete. El grifo había quedado abierto, recordabas, y por alguna extraña razón el saberlo te dejó muy triste, desolado. Continuaste con tu merienda campestre, y cada vez que el recuerdo de aquella desilusión que habías sufrido se hacía insoportable repetías la explicación que te había dado tu madre, la fórmula mágica:

—Las cosas que están lejos de uno parecen más pequeñas...

Ella seguía diciendo como si nada que el sol en realidad era miles de veces mayor que el mundo entero, parecía pequeño simplemente porque estaba muy, muy lejos, decía.

Unos minutos después le preguntaste:

—¿Ha ido alguna vez alguien al sol?

—No —fue la respuesta—, hace demasiado calor.

De ese modo, pensabas, el sol siempre va a estar muy lejos y no va a tener nunca tamaño normal. Nunca. Te parecía una injusticia: algunas cosas siempre iban a tener tamaño normal, pero el sol nunca.

—¡No hay derecho! —Gritaste—. ¡No hay derecho!

Tu padre se echó a reír al oírte decir aquello, pero estabas tan disgustado que no le prestaste atención.

—¿Cómo es de grande el mundo? —Preguntaste poco después.

—Como lo ves —contestó él—, y queda aún más. Cuanto más se anda más mundo hay delante de uno.

—¿Ves aquella granja? —Señaló—, si salieras por la puerta de delante y siguieras andando siempre en línea recta mucho tiempo, volverías a entrar por la puerta de atrás, ¿lo entiendes ahora?

Eras consciente del placer que le producía tratar de confundirte, adrede; pero al menos una cosa estaba clara:

—¿Va a haber siempre cosas que están muy lejos, y que no son del tamaño que son? —Razonaste.

Él siguió fumando y no dijo nada.

Dudaste un momento y después insististe:

—¿Siempre?

—Sí, siempre —contestó secamente.

Pensaste que ojalá pudieses estar en todas partes a la vez para que no hubiera nunca nada lejos y todo fuera de tamaño normal. Aunque fuese por un instante.

De repente te acordaste del grifo abierto en el corral y te diste cuenta de que cuando volvieras al coche ibas a tener oportunidad de cerrarlo. También de que iba a tener tamaño normal cuando estuvieses allí.

Una sensación de felicidad empezó a inundarte al saberlo. Miraste la carretera a lo lejos y el paisaje de Borders hasta donde te alcanzaba la vista. Era como si ya hubieses cerrado el grifo, como si por un momento hubieses abierto los brazos y pudieses tocar todo lo que veías, hasta las colinas más lejanas.

Sin embargo, en los treinta años que han transcurrido desde entonces has aprendido a razonar mucho mejor;

hoy en día, en realidad, rara vez te sientes triste o tienes la más mínima desilusión. Pronto vas a poder razonar tan bien que no sentirás nada en absoluto.

Miedo. En el último peldaño de las escaleras del recibidor te agarras con fuerza al pasamanos de madera, *congelado*, como si de un juego de las estatuas se tratase. Atento. Escuchas tras la puerta del salón, e intentas desesperadamente interpretar el tono de su voz o qué tipo de silencio es aquel, como si tu vida dependiese de ello. Claro que dependía, y ha dependido desde entonces. Aterrado ante la idea de entrar en la habitación donde está él y, sin embargo, incapaz de huir de allí.

Querías acercarte a donde estaba él sentado, decirle «hola» y quizá rozarle el dorso de la mano que reposaba en el brazo del sillón. Pero el solo hecho de imaginar que esa escena pudiera haber ocurrido en realidad en tu niñez, ahora treinta años después, te hacía contener la respiración atemorizado.

Si te hubiera mirado, sonreído y respondido a tu saludo; si hubiera ocurrido algo tan normal, tan sólo una vez, hubiera sido el milagro que pudiera haber cambiado tu vida. Un momento de seguridad que podrías haber recordado a voluntad años después, diciéndote a ti mismo: aquel era yo.

Sin embargo, podríamos decir que pasaste toda la niñez en el pasillo, sabiendo muy bien que si te hubieras atrevido a entrar en la habitación y te hubieras dirigido a él o le hubieras tocado el dorso de la mano, es decir, si te

hubieras atrevido a pedirle la más mínima atención, no te habría hecho caso alguno. O en el mejor de los casos te habría mirado sin abrir la boca diciendo muy claramente con la mirada: «Bueno, ¿y qué se te puede ocurrir que tengas que decirme?». Si mostrabas afecto, lo rehuía. Si manifestabas amor, lo hacía trizas.

Una noche estabas en la cocina limpiando los zapatos para ir al colegio al día siguiente, y entró él. Debías de tener más o menos doce años y hacía tiempo que habías aprendido a ponerte en tensión cuando se acercaba; pero, como estabas de espaldas en aquel momento, seguiste cantando una canción de amor muy popular y cepillando los zapatos al compás.

Nunca has olvidado la irritación de su voz:

—¿Pero qué puedes saber de *amor* tú?— Te gritó.

Diste la vuelta y lo viste a pocos pasos de ti señalándote con el dedo, acusándote.

—He dicho, ¿qué puedes saber de amor *tú*?

Le temblaba mucho la mano y tenía tal expresión de cólera en la cara que bajaste la vista. Repetía una y otra vez la palabra *amor* con desprecio, con repugnancia. Después se fue.

Te quedaste en la ventana de la cocina con un zapato en una mano y el cepillo con la crema todavía en la otra. Fuera estaba oscuro, muy oscuro. Pensaste al mirar la noche que, aunque toda aquella oscuridad que cubría la aldea, los campos de alrededor y los bosques entrara en ti, no sería suficiente para tapar la sensación de culpa y de vergüenza que sentías.

Pero estabas equivocado. Con tu propio esfuerzo has logrado ocultar estas cosas al mundo, y a ti mismo. Casi habías olvidado su existencia hasta hace muy poco, cuando, en la estación del tren camino al trabajo una mañana, los volviste a encontrar cara a cara. En ese momento toda la fuerza de contención de más de veinte años quedó libre, haciendo trizas a la oscuridad y también a ti.

